

Caudillo de cien jinetes...

Como una ofrenda a la patria burgalesa de Juan de Salas, cuya personalidad y pensamiento se ha procurado descubrir en nuestra monografía intitulada «Juan de Salas junto a Suárez», nos atrevemos a insertar aquí un bicientenario e ignorado romance de empresas cristianas y amores moros que pretende revivir la historia y los nombres de GUMIEL DE IZAN.

En búsqueda de documentos sobre «Juan de Salas junto a Suárez», apareció en el códice 6 de una carpeta del Archivo de Loyola. Su signatura: estante 12, pluteo, 2, número 9.

El encabezamiento precisa: «Romance que a imitación de otros antiguos Castellanos ha escrito de la batalla de Gumiel D. Vicente Díaz Huerta».

No tiene fecha, pero puede ser certeramente deducida. Su papel de barba delgado es de comienzos de la segunda mitad del siglo XVIII. Lo revelan fechas de legajos que resisten a su vera con igual papel. Su escritura es la misma y de igual mano que otra carta extensa cosida con él pero de papel más ampliado: este contenido, incoherente con el romance, está firmado en «Alcázar de Segura y agosto 8 de 1764». Todavía es un poco menos blanco y más descolorido de años el papel del romance. Luego la copia es de la fecha vaga «mitad de siglo XVIII». La ortografía y el estilo fundamentalmente poético lo confirman. Y es fácil que el romance no tardara muchos años en llegar del autor al copista por los documentos precisamente burgaleses que aprietan esa carpeta y que sugieren cierta comunicación mediata o directa del copista con Burgos.

No aparece prontamente alcanzable la biografía de identidad del autor, pero este romance no desdice ni en espíritu ni en poética de los más enteros de Vicente García de la Huerta.

La facilidad de lectura y la intranscendencia puramente ortográfica de sus variantes exigen presentación moderna y fiel.

Caudillo de cien jinetes...

(Romance inédito de VICENTE DÍAZ HUERTA. - Siglo XVIII).

Caudillo de cien jinetes
el noble Gutierre marcha
sobre el Campo de Gumiel
desde los muros de Aranda.

El más gallardo Cristiano
de cuantos ve la campaña
desde el Duero al claro Tormes,
desde el Pisuerga al Adaja.

Monta una manchada yegua,
que en riberas del Riaza
animada exhalación
la admiraron sus comarcas.

Lleva pendiente del hombro
una Berberisca adarga
ganada en guerra a Celín
Señor del Castillo de Aza.

En la vigorosa diestra,
que honra será de su patria,
blande el animoso Joven
un recio roble por hasta.

Ciñe al lado una Cuchilla
ya en otras lides probada,
contra las vidas Alarbes
fatal segur de la Parca.

Sale, pues, tan orgullosa
la Juventud Castellana,
que al mirar su bizarría,
suspende el Duero sus aguas.

Los generosos Caballos
marcial música compasan
al son del hierro que imprimen
al son del hierro que tascan.

Ya descubren de Gumiel
las ardientes atalayas
y en los cultivados campos
las adultas mieses talan.

Sintiendo el rebato Hizán
presuroso se levanta
a los brazos de la muerte
de los brazos de Darafa.

Darafa, Deidad morisca,
de cuyo amor a las aras
seis años fueron de Hizán
servicios ofrendas vanas.

Al primer paso tropieza;
y requiriendo las armas,
herido en la izquierda mano
tiñe su sangre la espada.

Túrbase la bella Mora
con señales tan infaustas
y de tan tristes principios
pronostica mil desgracias.

Enmudécela el dolor,
pero una sola mirada
dijo de una vez más cosas
que dijeran mil palabras.

Cadenas hace sus brazos
que al Cuello de Hizán enlazan
y de sus lágrimas tiernas
segundas cadenas labra.

Pero viendo el fuerte moro
que hace ya a los suyos falta,
a su pesar se desprende
y así al despedirse la habla:

No temas, Darafa bella,
que a los enemigos salga;

que a quien venció tus desdenes
no podrá resistir nada.

Salió al campo; y Don Gutierre
el primero se adelanta;
y de los demás seguido
se comenzó la batalla.

El Africano alarido,
y el ronco són de las Armas
en los valles de Gumiel
eran saludos del Alba.

Cuando el valeroso Hizán
sobre una fogosa Alfana,
regalo de Hazén, Alcaide
de Fuent-Hazén y La-Adrada.

Desnudo el nervioso brazo
y el albornoz a la espalda,
esgrime la muerte en una
Tunecina cimitarra.

Crece la sangrienta lid,
y el suelo de sangre empapan
las azagayas Moriscas,
y las Españolas lanzas.

Bórdase el campo a colores,
que antes fué todo escarlata,
de alquizeles y almaizares,
de gorras, plumas y bandas.

Los golpes de las cuchillas
cuando hieren, o reparan,
el vecino monte atruenan,
y el turbado ambiente inflaman.

Anima Hizán a los suyos
con su ejemplo y sus palabras,
y el valiente Don Gutierre,
cuanto Hizán anima, mata.

Y cada Español presume
que él solo por sí bastara
a derribar de Gumiel
las enemigas murallas.

Y coronar por sí solo,
según fía de su espada,
de cabezas Berberiscas
las almenas de su Patria.

Llena de horror a este tiempo
la bellísima Darafa
con sus tristes pensamientos
también dudosa, batalla.

Desde un alto mirador,
donde su temor la arrastra,
por no morir de temerlas
sus desdichas atalaya:

Descubre el sangriento campo;
y las Haces Mahometanas
más que vencidas, deshechas,
dan a la fuga las plantas.

Descubre al valiente Hizán
que él solo la lid restaura,
y cuanto con ignominia
sus soldados desamparan.

Y en lágrimas y suspiros
abre salida a sus ansias;
unas, cual su amor, ardientes,
y otras, cual su pena, amargas.

Ve al famoso Don Gutierre,
que entre todos se señala,
que a fuer de ardiente rayo
cuanto encuentra desbarata.

Y que ya en el campo todo
no hay quien resistencia le haga,

pues quien no huye de su vista
es que el temor le embaraza.

Sino el valeroso Hizán
que con furia despechada,
viendo cómo el Castellano
sus deshechas tropas carga.

No quiere sobrevivir
a su mengua, o su desgracia;
que es ya especie de ignominia
tener la suerte contraria.

Afrontando a su enemigo,
le embiste con furia tanta,
que si el valor decidiera
dudoso el triunfo quedara.

Mas como ya en daño suyo
la suerte está declarada,
su mismo furor le ofende,
su mismo furor le daña.

Ofrece animoso el pecho
al hierro que le amenaza,
y logra que el fiero golpe
le abra puerta dilatada.

Derribado del caballo,
lid y vida desampara,
repitiendo el dulce nombre
de la que tuvo en el alma.

Al ver su caudillo muerto
las tropas vuelven la espalda,
confirmando los clamores
sus desdichas a Darafa.

Que testigo del suceso,
enfurecida y turbada,
cuando la mortal congoja
sus sentidos desembarga.

Injustos llama a los Cielos,
sus cabellos de oro arranca;
tuerce sus hermosas manos;
y su rostro despedaza.

Acusa al dolor de tibio
que de una vez no la acaba
y a sí se acusa de infiel
cuanto en seguir a Hizán tarda.

Ni oye ruegos de Zelinda
que fué toda su privanza;
ri las lágrimas la mueven
de sus más fieles esclavas.

Que ya es su amor frenesí
y la comprimida llama
como no cabe en el pecho
la va sofocando a pausas.

Bien puede el amor gloriarse
de tan distinguida hazaña,
porque víctima más noble
jamás honraron sus aras.

Murió, pues, dejando ejemplo
que de amor la fuerza blanda
en el pecho más esquivo
inás profundamente labra.

Y los fuertes Castellanos
gloriosos de la jornada
y ricos de gozo vuelven
a ver los muros de Aranda.

VALERIANO ORDÓÑEZ, S. J.

Colegio Máximo de Oña (Burgos),